

## RESEÑAS

*Philologica. Homenaje al profesor Ricardo Senabre.* Servicio de publicaciones de la Universidad de Extremadura, 1997. Cáceres.

La Universidad de Extremadura publica en el volumen que reseñamos, un colectivo de trabajos presentados, por discípulos y amigos, a Ricardo Senabre al celebrar el veinticinco aniversario de la Facultad de Filosofía y Letras, de la que fue fundador y primer Decano.

Este tipo de volúmenes suele definirse por su carácter misceláneo, así como por su explícita voluntad académica, lo que inmediatamente sitúa sus contenidos en el ámbito de quien se supone que debe ser su destinatario natural: el público universitario. Está bien que así sea, pero ello implicaría asumir que, como corresponde a la tipología genérica a que se adscribe (la de los volúmenes *In Honorem de*), no es un libro unitario sino una suma de partes sin más hilo conductor que el afecto o la admiración de los firmantes hacia el homenajeado. Creo, sin embargo, y sin negar lo anterior, que es posible encontrar un hilo estructural, no por oculto menos evidente, en este libro; una estructura que proviene, no tanto del argumento o argumentos de los que se habla, cuanto de la figura del homenajeado.

En efecto, Ricardo Senabre no es un profesor al uso. Formado como filólogo, en su sentido más estricto, ha sido titular de casi todo el arco disciplinar: Gramática general y Crítica literaria, Lengua española, Gramática histórica del español y Teoría de la literatura. El catálogo de sus intereses estrictamente investigadores no da cuenta, sin embargo, de una cualidad que atraviesa y articula todos esos múltiples intereses en un perfil unitario: la de lector, en el sentido barthesiano del término, ese "anti-héroe" que "en el momento de su lectura obtiene placer"; un hermeneuta, al cabo, capaz de sustituir la sala de disección en que casi siempre consiste el trabajo crítico erudito en un camino gozoso donde los datos y las interpretaciones persisten, pero donde lo que se transmite no es tanto el saber cuanto la sabiduría, o lo que es lo mismo, la pasión por la literatura.

En efecto, si algo ha caracterizado el trabajo de Ricardo Senabre a lo largo de los años, independientemente del medio en que se desenvolviese —el aula, la sala de conferencias, el periódico o la revista especializada— es su cercanía casi corporal a la materia de los textos. Preocupado desde siempre por el problema de la recepción, su forma de aproximarse no ha sido, sin embargo, sociologista sino que ha buscado integrar el horizonte de expectativas en el entramado mismo de la escritura, haciendo de ésta un organismo vivo. Por ello, la amplitud de sus intereses, en términos de periodización, puede abarcar casi la totalidad de la historia de la literatura española, sin reducirse a ninguna en particular. Se trate de Gracián, Baroja, Zorrilla, Valle-Inclán, María de Zayas, Ortega, Blas de Otero, Fray Luis o el *Auto de los Reyes Magos*, la posición de Ricardo Senabre no es la del especialista en una época determinada (aunque su dominio de la bibliografía específica le da ese valor añadido) sino la de quien lee *desde y para* el presente.

Su actividad como editor de textos, por otra parte, (ya sea de los poemas de Cristóbal de Mesa, del teatro unamuniano o los esperpentos de *Martes de Carnaval*) tienen también, por ello, el carácter especial que le otorga el ser parte del trabajo de lectura, en tanto en cuanto, a la manera de un Jerome McGann, no separa el estudio textual del interpretativo, basándose en un concepto "social" de autoría y en la asunción de que la autoridad del sentido proviene de la propia lógica del texto, no del acatamiento de unas supuestas "intenciones de autor".

Recuerdo la fruición y la sorpresa con que leí, perdido en un aeropuerto norteamericano, en uno de esos interminables y vacíos intersticios entre vuelo y vuelo, un libro como *Escritores de Extremadura*, que Ricardo Senabre me había enviado pocas semanas antes. Lo que en principio se presentaba para mí como un volumen con el que informarme sobre un tema del que no sabía casi nada se convirtió en una aventura de conocimiento, en una suerte de relato apasionante por obra y gracia de algo tan poco común en un crítico como es el *estilo*. Sin que el asunto tratado fuese muy cercano a mis intereses, el narrador consiguió contagiarme su entusiasmo. Para mí es eso lo que separa un *écrivain* de un *écrivain*, para remitir, otra vez, a Barthes; y lo que hace de Senabre un excelente profesor: que más que *transmitir* un saber *sobre* algo, hace que a uno le entren ganas de leer por sí mismo. Quienes sigan sus comentarios semanales sobre narrativa en las páginas del ABC Cultural saben de su capacidad para

## RESEÑAS

encontrar gazapos lingüísticos y de otro tipo, pero también de su amplia y variada curiosidad. Podrá uno compartir o no sus conclusiones, apreciar en mayor o menor medida las jerarquías de valor que establece con ellas, pero lo que no puede dejar de reconocer es la posición comprometidamente pasional de la mirada crítica, y eso es algo que todo escritor agradece, quizá porque, humanos al fin, sabemos que es más placentero un masaje que una operación quirúrgica.

Decía al principio que era la figura del homenajeado la que daba unidad al volumen. En efecto, los trabajos aquí reunidos, en su necesaria e insalvable diversidad, tienen en común el centrarse en lo que podíamos denominar la mirada cercana sobre los textos. Algunos autores parecen preferir rendir homenaje al lingüista y erudito que se oculta en el crítico literario; es el caso de los firmados por Francisco Abad (*Épocas en la lengua literaria y la lexicografía española*), Manuel Alvar (*La situación del español en Nuevo México*), Jacques de Bruyne (*Antoflorilectas err(e)-áticas*), Miguel Ángel Garrido (*Texto: consistencia del código lingüístico y dimensión social. Rasgos de la doctrina de Iuri Lotman*), José Manuel González Calvo (*Semántica y sintaxis: el caso de las interrogativas retóricas*) o Antonio Llorente Maldonado (*Innovaciones morfosintácticas, locucionales y léxicas en el español de nuestros días*); otros se inclinan por homenajear al teórico e historiador, como Fernando Lázaro Carreter (*La utopía indiana del Padre Las Casas*), Eugenio G. de Nora (*Los varios grupos de la "Generación del 27"*), Roberto Pérez (*Jardiel Poncela y la novela corta*), Rogelio Reyes (*"Predicadores locos", "Locos predicadores" y "Locos agudos" en la literatura española del Siglo de Oro: los cuentecillos de Juan García*), Leonardo Romero Tobar (*Melusina, ¿ídolo de perversidad?*), Andrés Sánchez Robayna (*Dos imágenes de Góngora en la lírica del siglo XX*), Antonio Sánchez Trigueros (*Historicidad de la teoría: las raíces ideológicas de Vladimir Propp*), Ignacio Soldevila (*La literatura como realidad múltiple*), Jorge Urrutia (*Paul Valéry y Paul Eluard, decir y contar*), Darío Villanueva (*El sistema literario español y su evolución actual*) y Sultana Wahnón (*El significado de las metáforas: sobre una teoría de Paul Ricœur*). El resto de los participantes, con la excepción de M<sup>a</sup> Teresa Rejas que firma el prólogo y Gregorio Salvador que hace la semblanza del autor, hasta un total de 14 (casi la mitad, pues, de los 31 que aportan trabajos) se ocupan de problemas de lectura e interpretación: Emilio Alarcos Llorach (sobre un poema de Blas de Otero), Túa Blesa (sobre el *Quijote*), Cristóbal Cuevas (sobre San Juan de la Cruz), Gaetano Chiappini (sobre Calderón), Giancarlo Depretis (sobre Aleixandre), Francisco J. Díaz de Castro (sobre Antonio Jiménez Millán), Aurora Egido (sobre Lope), Teófilo González Porras (sobre Delicado), Robert Jammes (sobre Góngora), Hugo Laitenberger (sobre el Dante lírico), Francisco Martínez (sobre *La pícara Justina*), José Mondéjar (sobre Fray Luis), José María Pozuelo Yvancos (sobre el *Polifemo* de Góngora) y Antonio Vilanova (sobre *La Lozana* de Delicado). Quizá sea sólo cosa del azar objetivo. En los libros como el presente prima el gesto de participar sobre la temática elegida, aunque, en este caso, el amplio arco de las publicaciones del homenajeado presten un marco justificador de la aparente dispersión. Que el resultado final acabe dibujando el negativo de una figura (y digo figura, no rostro) del "lector" Ricardo Senabre es, ciertamente, significativo. Como lo es también el que la palabra de cierre sea un poema, un inteligente acróstico de Pablo Luis Ávila. Para un experimentado sonetista como Senabre (aunque se empeñe en serlo de modo secreto), debe de haber sido un guiño agradable este soneto del escritor granadino y profesor de la Universidad de Turín, cuyo estrobo final tan cariñosa y certeramente lo define:

Estrecho a un dios cebado con ciudades  
Rimando un devenir que ya ha parido  
Eso de hacer del barro amenidades.

Jenaro TALENS  
Universidad Carlos III